

Ciclo de invitaciones: “OTRAS VOCES”

Conferencia a cargo de Hugo Vezzetti<sup>1</sup>

**El psicoanálisis en la cultura comunista. Buenos Aires y París 1949-1964**

**22/11/ 2013**

En 1949, *La Nouvelle Critique*, la revista intelectual de los comunistas franceses publicaba su conocida crítica ideológica al psicoanálisis, reproducida en Buenos Aires ese mismo año por Gregorio Bermann en *Nueva Gaceta*, una revista de la constelación del Partido Comunista Argentino dirigida por Héctor Agosti. Diez años después, en *Cuadernos de cultura*, se hacía pública la querrela de los comunistas argentinos contra el libro de José Bleger, *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Desde mediados de los 60, Louis Althusser renovaba el pensamiento marxista y la lectura de Freud: en la misma revista, *La Nouvelle Critique*, publicaba “Freud et Lacan” en 1964. La conferencia se propone esbozar una historia de relaciones y malentendidos entre dos ciudades, dos lenguas, dos discursos.

---

<sup>1</sup> Hugo Vezzetti es profesor de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Conicet. Ha integrado el Comité de Dirección de Punto de Vista. Ha enseñado además en las universidades de San Luis, Tucumán, Rosario y en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de General San Martín. Y ha participado en diversas actividades de enseñanza, investigación e intercambio en diversas universidades. Ha sido profesor visitante en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y en el Instituto Iberoamericano de Berlín. Ha publicado *La locura en la Argentina* (1983), *Freud en Buenos Aires* (1989), *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* (1996) y *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002) y *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos* (2009).

Mi interés apunta a situar el discurso del psicoanálisis en las tramas de la cultura intelectual, es decir de círculos y revistas del campo intelectual. Más particularmente busco indagar en el espacio discursivo y de ideas de la “izquierda psi”, un espacio que se sitúa en verdad entre la historia disciplinar (del psicoanálisis, pero también de la psiquiatría y la psicología) y la historia de la cultura de izquierda; en este caso, en particular, de la cultura comunista, que es la que se forja y se despliega a partir de los círculos, revistas e iniciativas de los partidos que responden, en el período que estoy investigando, a las directivas provenientes de la URSS. Y por supuesto, como suele suceder en las historias de intelectuales, sobre todo cuando las ideas se cruzan con las posiciones políticas, es una historia de debates y de combates.

Comienzo por decir algo de lo que fui descubriendo en el curso de la investigación. Hay una historia más conocida, por lo menos a nivel de las memorias y los testimonios, de la relación del psicoanálisis o del *freudismo*, con la cultura de izquierda, en particular con ciertas lecturas del marxismo que movilizaron a grupos importantes de psicoanalistas desde fines de los sesenta y los setenta. No tengo que recordar la importancia de los trabajos de Bleger o la conformación de los grupos Plataforma y Documento que produjeron la fractura de la APA en 1971.

El freudismo, aclaro, abarca una dimensión separada de las instituciones psicoanalíticas, del dispositivo clínico y de la formación de psicoanalistas. No es eso lo que me ha interesado en general, sino las formas de recepción y circulación, de apropiación y de debates acerca de Freud y el psicoanálisis como discurso cultural. O como un corpus de ideas que busca ser aplicado (en la medicina, la psiquiatría o el ensayo social y político) a problemas de la sociedad, de la política y la cultura. En esa terreno, el freudismo circula y se intersecta con otros discursos científicos, estéticos o políticos, como el marxismo, el existencialismo o las vanguardias estéticas.

Ahora bien, en la historia más reconocida, la de los sesenta y los setenta, los encuentros del freudismo, o incluso de la obra de Lacan, con la cultura de izquierda y con el marxismo se dieron en el marco de lo que se llama la “nueva izquierda”, que se separa

de la izquierda tradicional del PC y también del PS, y produce una serie de rupturas en esos años. Todo esto es más conocido. Empecé mi investigación buscando algo así como los antecedentes o los prolegómenos de esa formación intelectual, la nueva izquierda, que ha sido, por otra parte, el espacio en el que yo me formé. Pero lo que fui descubriendo en las fuentes, en las revistas ligadas al PCA desde fines de los cuarenta y los cincuenta, fue cambiando mis hipótesis. Era algo distinto, una época que se recortaba con rasgos propios.

Pongo un ejemplo. En una entrevista con César Cabral, un psiquiatra y conocido dirigente del PCA, me entregó un material que yo no esperaba: la desgrabación de un plenario de psiquiatras comunistas realizado en mayo de 1964. Descubría un testimonio y a la vez un resto sobreviviente de ideas y de debates, de luchas y de estilos de militancia que hablaban de otro tiempo y otros problemas en la formación *psi* de izquierda. El informe de Cabral que abría el plenario fue publicado, con algunas modificaciones, ese mismo año.<sup>2</sup> En el encuentro participaron 45 psiquiatras, de los cuales algo más de 30 eran miembros del partido y entre ellos estaban las figuras más conocidas del núcleo comunista: Jorge Thénon, César Cabral, Julio Peluffo, Adolfo Lértora, Gervasio Paz, Juan Azcoaga, Antonio Caparrós, Armando Bauleo. Por otra parte, la importancia del plenario para el partido se demostraba en la participación del secretario general, Rodolfo Ghioldi que cerró la reunión con una larga intervención política sobre la situación nacional e internacional. Ahora bien, en esa fuente yo advertía algo que no estaba en mi proyecto original. En las intervenciones, las certezas y los debates, en las autocríticas, incluso en los atolladeros y en los fracasos del grupo comunista, advertía que era mucho menos el comienzo de algo que el fin de un ciclo del que habían sido protagonistas.

Brevemente, lo que allí terminaba de cerrarse era la vigencia de una formación híbrida, a la vez teórica y política. Bastante tradicional en su orientación psiquiátrica, buscaba recuperar las herencias del positivismo y sostener el legado de José Ingenieros y Aníbal Ponce a la luz de las corrientes pavlovianas. Pero lo que más me interesó en ese

---

<sup>2</sup> Ver César A. Cabral, "El drama de la salud mental en la Argentina", *Cuadernos de cultura*, 70, set.-oct. 1964. El material del plenario está disponible en el CEDINCI.

círculo psiquiátrico era la subordinación al “espíritu de partido”, una ortodoxia que extendía la lucha ideológica al terreno de las ciencias y la filosofía. En verdad, los ecos y los efectos de la querrela con el libro de Bleger, en 1958, ya habían mostrado las fisuras de esa formación. Pese a la voluntad y el celo vigilante del partido, las intervenciones que reafirmaban la ortodoxia no conseguían reencausar una acción eficaz y unificada; por el contrario, la organización de los comunistas perdía terreno en sus relaciones con el campo intelectual.

En mi investigación me vi conducido hacia atrás, hacia un tiempo anterior, los cincuenta, para explorar los problemas que nacen en la constelación de la izquierda psiquiátrica comunista. Al mismo tiempo, advertía que las intervenciones y los debates en el círculo de los comunistas argentinos seguía de cerca, reproducía, a veces de un modo demorado y deformado, lo que sucedía en París, en el grupo de psiquiatras ligados al PCF, en los años inmediatos de la segunda posguerra. Para decirlo brevemente, la impugnación comunista del psicoanálisis aparecía como un fruto de los combates ideológicos de la “Guerra fría” y nacía sobre en París. Nacía en la psiquiatría o en lo que empezaba a llamarse el discurso y el movimiento de la *salud mental*.

Obviamente no puedo desarrollar estos temas por falta de tiempo; forman parte de un libro en preparación.<sup>3</sup> Para ponerle un comienzo, la historia comienza en París, hacia 1949, en una coyuntura que posee un doble foco: por un lado, el arrastre de los temas de la inmediata posguerra (la derrota del nazismo, las promesas e incertidumbres de un nuevo orden mundial), por otro, las amenazas y alineamientos comprendidos en los conflictos de la “Guerra fría”. En 1947 los comunistas habían quedado excluidos del gobierno de posguerra. Junto con el Plan Marshall estallaba, de un modo muy francés, la lucha ideológica contra penetración norteamericana en la sociedad y la cultura francesas. Víctor Lafitte, psiquiatra comunista, enunciaba algunos de los argumentos que iban a quedar

---

<sup>3</sup> Obligado a reconstruir la conferencia, que no estaba escrita, incorporo en lo que sigue algunos fragmentos de un artículo publicado: H. Vezzetti, “El psicoanálisis en la cultura comunista. Buenos Aires y París 1949”, *Anuario IEHS*, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, núm. 27, 2012.

incorporados a la impugnación del freudismo.<sup>4</sup> Lo hacía en *La Pensée*, una revista teórica comunista fundada en 1939, que reaparecía después de la Ocupación. Cuestionaba al psicoanálisis como discurso sobre la sociedad; como una “ciencia de las ciencias”, una “disciplina susceptible de proporcionar respuestas a todos los problemas del tiempo presente”; y señalaba la integración de las teorías freudianas en la psiquiatría norteamericana. En ese año se había realizado un coloquio en la abadía de Royaumont sobre “El destino del hombre colectivo” en el que habían participado sacerdotes junto con psicoanalistas e intelectuales. El evento le servía para denunciar una coalición de Washington y el Vaticano, una vasta conspiración empeñada en enfrentar la causa del comunismo en el mundo. De paso, descargaba un golpe contra el existencialismo al denunciar la amistosa recepción que Sartre había encontrado en los Estados Unidos.

De modo que el existencialismo y el freudismo quedaban así asociados en una raíz común irracionalista y reaccionaria, una asociación que va a reiterarse extensamente en la recepción argentina. Un aspecto decisivo, finalmente, era la confrontación ideológica con el marxismo como saber universal sobre el hombre y la sociedad. El psicoanálisis, decía Lafitte, “se convierte en una especie de concepción general del mundo, que se extiende al dominio de la sociología y de la historia, la antropología y la religión...” Al mismo tiempo, se denunciaba otra cosa, en los Estados Unidos, decía, psiquiatras y psicoanalistas se habrían incorporado al plantel de los explotadores en la fábrica en busca de las “tendencias agresivas inconscientes” de las luchas obreras.

En la misma revista Serge Lebovici (que pronto va abandonar el grupo comunista) publicaba una respuesta moderada, en la que destacaba al psicoanálisis básicamente como una terapia susceptible de ser corregida e integrada en una concepción “racionalista” (es decir, marxista) del hombre y la sociedad. Se suscitó una polémica con Víctor Lafitte, que cumplía la función del ortodoxo. Pero lo más significativo vino después. El proceso está bien fechado: se desata súbitamente y dura pocos años. Hacia fines de 1948, la visión del

---

<sup>4</sup> V. Lafitte, “Quand la psychanalyse nous arrive d’Amérique”, *La Pensée*, núm.16, enero-febrero 1948, pp.107-108.

psicoanálisis que postulaba Lebovici ya no era aceptable para el partido. La comisión ideológica del Comité Central del PCF convocó a una reunión con médicos y psiquiatras del partido y exigió que el grupo psiquiátrico firmara una condena pública. A partir de esa decisión ya no era posible debatir el tema pública y libremente; sometidos al Partido, para el grupo de psiquiatras comunistas solo cabía acatar la resolución y pronunciar públicamente la condena. La “autocrítica” así decidida se publicó en junio de 1949 en *La Nouvelle Critique*, otra revista del Partido.<sup>5</sup>

No me detengo en las circunstancias de la redacción de ese texto. Lo importante es advertir que esa cruzada contra Freud formaba parte de un combate ideológico más general que se profundizaba hacia dentro del Partido. Correspondía a un momento en el que la dirección comunista se dirigía a los profesionales y los intelectuales ya encuadrados para reforzar, en el clima de la Guerra fría, el “espíritu de partido”. Empezaba a instalarse (o retomarse, porque el tema no era nuevo) la tesis de las “dos ciencias” y las “dos culturas”, burguesa y proletaria. Me detengo en esta dimensión partidaria de las condiciones de un debate abortado y del anatema contra el psicoanálisis para contrastar las condiciones de la recepción inicial de esa querrela por parte de los comunistas argentinos

Hay algo que decir sobre la idea de la “americanización” del psicoanálisis. Por supuesto, no era sólo una proyección nacida de las visiones conspirativas del círculo estalinista. En los Estados Unidos la disciplina freudiana había encontrado condiciones de implantación y expansión muy diferentes de las que dominaron en Europa. Integrado a la higiene mental y a la psicósomática, se había convertido en un componente fundamental de la llamada “psiquiatría dinámica”. Como es sabido, también Lacan denunciaba esa apropiación norteamericana de la obra y proponía un “retorno a Freud”. Lo importante es advertir que para los comunistas no había retorno posible ya que denunciaban una

---

<sup>5</sup> L. Bonnafé y otros, “Autocritique: la psychanalyse, idéologie réactionnaire”, *La Nouvelle Critique*, 7, June 1949; reproducida en *Ornicar?*, «La scission de 1953», suplemento del núm. 7, 1976. Firman Lucien Bonnafé, Sven Follin, Jean y Evelyne Kestemberg, Serge Lebovici, Louis Le Guillard, Emile Monnerot et Salem Shentoub.



incompatibilidad de principio con el marxismo que era previa a los usos que señalaban en la situación norteamericana.

La “autocrítica” de 1949 consideraba, de entrada, al psicoanálisis como una ideología difundida a través de la propaganda. Al mismo tiempo, lo denunciaba como una técnica utilizada en contra de las luchas obreras. Seguidamente, la crítica se dirigía a las ideas que habían dominado el Congreso de Salud Mental, realizado en Londres en 1948 bajo el lema de la “ciudadanía mundial” (*world citizenship*). En ese congreso no participaron psiquiatras soviéticos ni los comunistas franceses. El documento de ese congreso, *Mental Health and World Citizenship*, propuesto como base de la nueva Federación Mundial de Salud Mental, había sido redactado por una comisión internacional que reunía la psiquiatría con el psicoanálisis y las ciencias sociales de Occidente; en ella estaban el psiquiatra y psicoanalista Harry Stack Sullivan, el psicólogo social canadiense Otto Klineberg, la antropóloga Margaret Mead y John R. Rees, psiquiatra y psicoanalista que dirigía la Tavistock Clinic en Londres. Más allá de las declaraciones reformistas de los promotores, el sentido político global consolidaba una red y un discurso de la salud mental conforme al nuevo orden mundial. Y lo hacía en nombre de valores necesariamente controversiales desde el punto de vista ideológico, tales como la democracia y la paz.

La declaración de los psiquiatras comunistas comenzaba por la impugnación política: la intervención del psicoanálisis en el terreno de los conflictos sociales expresaría “una ideología que implica objetivos más o menos explícitos de conservación o de regresión social”. Era esa ideología, y no el comunismo, la que contribuía a las “amenazas de la guerra y a la opresión social”. No era el “pansexualismo” la fuente mayor de la denuncia, sino esa dimensión política, que encontraba en los propios textos freudianos. También proponía una peculiar visión histórica sobre el nacimiento y el desarrollo del psicoanálisis en la sociedad y la cultura vienesa. La “decadencia de la familia paternalista burguesa” y la “crisis de la moral sexual” enmarcaban, en esa visión, el nacimiento del psicoanálisis como un saber asociado a la burguesía. Y esa condición de clase no habría hecho sino acentuarse a partir de su desarrollo privilegiado en el mundo anglosajón.

Emergía, entonces, la condena a una “ciencia de clase”, en un momento en que empezaban a difundirse las tesis del *zhdanovismo* y la promoción del lisenkismo como modelo de la nueva ciencia comunista. La condición reaccionaria, decían, también estaba presente en los contenidos dominantes de un discurso psicoanalítico que se habría desplazado de la “liberación sexual” a los temas de la culpabilidad y el superyó, nociones definidas “en referencia a un ideal social que no es sino el reflejo de la estructura social del momento, arbitrariamente establecida como norma”.

En síntesis, el texto publicado integraba tres núcleos que eran a la vez tres interpretaciones. Primero, una condena política del papel del psicoanálisis de inspiración norteamericana en la coyuntura: en una etapa de crisis del capitalismo, serviría a la vez como una herramienta para desviar y desautorizar las luchas de los pueblos y como un discurso justificatorio de una defensa de la democracia occidental que en verdad daba sustento a la escalada del imperialismo hacia la guerra contra la URSS. Segundo, una crítica ideológica de la posición de los psicoanalistas como expresión de una crisis general de las capas medias de la sociedad. Tercero (lo más importante), una crítica teórica e ideológica, inspirada en Politzer y en ciertos tópicos del materialismo histórico, de la doctrina y la práctica psicoanalíticas, que culminaba en el proyecto de una nueva psicopatología materialista social. Pavlov no era mencionado y nada en el texto dejaba adivinar que en poco tiempo el pensamiento *psi* comunista iba a proclamarlo como el héroe alternativo de una nueva ciencia psicológica y psiquiátrica.

Los efectos de la declaración fueron casi nulos en Francia, ante todo sobre los propios firmantes. Los que practicaban el psicoanálisis, como Lebovici, continuaron haciéndolo y silenciosamente abandonaron el partido. Los psiquiatras reformistas, como Bonnafé, continuaron igual. De la anunciada reorientación de la investigación psiquiátrica y psicológica nada se cumplió; y los efectos sobre los psiquiatras y psicoanalistas que podían considerarse amigos del partido fueron contrarios al fin buscado: no sólo no convencieron a nadie sino que muchos se alejaron.



Brevemente, quiero referirme a la primera recepción de esa condena ideológica del psicoanálisis en Buenos Aires, en 1949. La historia sigue pero sólo puedo contar el comienzo. En principio, como ha sucedido más de una vez en las modalidades de la recepción argentina, el anatema del aparato comunista contra el freudismo tuvo consecuencias más prolongadas en Buenos Aires que en París. Aquí encontró partisanos más dogmáticos y políticamente obedientes, además de condiciones intelectuales mucho más débiles para el debate, en un incipiente campo *psi* que se mantenía escasamente comunicado con la cultura filosófica y con las nuevas ciencias sociales. Por supuesto, la excepción ha sido José Bleger y su empresa más bien solitaria de “retorno” al primer Politzer, que finalmente produjo efectos tardíos y de corta duración. En verdad, el rodeo por ese momento de las relaciones entre psiquiatría, psicoanálisis y comunismo en la situación francesa permite pensar que los planteos de Bleger siguen de cerca la dirección de los debates y los cambios en la escena parisina. Se abre un pequeño drama de las asincronías y malentendidos de la recepción: lo supiera o no, Bleger escribía para un público que no era el que lo discutió y finalmente lo sancionó. En fin, se dirigía a comunistas interesados en el debate teórico y en el freudismo, que no podía encontrar en el menguado círculo argentino.

Gregorio Bermann publicó en *Nueva Gaceta*, en Buenos Aires, en el mismo año, 1949, un artículo que daba cuenta de la “autocrítica” publicada en *La Nouvelle Critique*.<sup>6</sup> *Nueva Gaceta* era una revista de cultura, arte y literatura creada en 1949, que tuvo una muy corta existencia. Estaba dirigida por Héctor Agosti, Enrique Policastro y Roger Pla. La revista sacó sólo cuatro números, entre octubre y noviembre de 1949. Bermann era un “compañero de ruta” del PCA desde los años treinta. En principio, la revista tenía un decidido sesgo literario y artístico y se ocupaba de temas culturales; en los números publicados no incluyó ningún artículo ligado a temas médicos o psiquiátricos. Bermann glosaba el documento publicado en *La Nouvelle Critique*. Comenzaba calificando al psicoanálisis como una “boga” que se extinguía en Europa y resurgía en los Estados Unidos,

---

<sup>6</sup> G. Bermann, “El psicoanálisis enjuiciado”, *Nueva Gaceta*, Buenos Aires, núm. 1, 6 de octubre de 1949.

sobre todo a través de una forma vulgarizaba que pretendía “explicar la conducta individual y los fenómenos mundiales”. En verdad, no sólo reproducía la crítica ideológica, sino que destacaba aún más el blanco, que se refería directamente a los Estados Unidos y a la penetración del psicoanálisis en el movimiento de la salud mental. Al mismo tiempo, en el final de la nota recuperaba una visión más favorable y ecléctica, como la que había expuesto en 1936 en la revista *Psicoterapia*. El acento estaba puesto en la crítica ideológica, focalizada en el “psicologismo”. Reproducía los argumentos de los comunistas franceses: un “principio mistificador” llevaba a que la agresividad y la culpabilidad desplazaran a la “liberación sexual”; el psicoanálisis habría sido un descubridor de “mitos” en los síntomas pero también había terminado por creer en sus propios “fetiches”; terminaba recordando la crítica de Politzer sobre la interpretación “idealista” de las relaciones individuo-sociedad. También reproducía los análisis sobre el “reclutamiento” y las vacilaciones de los profesionales de clase media ante la atracción que el psicoanálisis podía suscitar, a nivel personal, ante “la intensificación de la lucha de clases”.

No se refería en ningún momento a la situación local del psicoanálisis ni la comparaba con la situación francesa. La argumentación, entonces, parecía enfocada a denunciar un problema general de la disciplina freudiana sin ninguna relación con las condiciones del medio intelectual y profesional en la Argentina de 1949: en esos años, en Buenos Aires, el interés de los médicos jóvenes por el psicoanálisis era básicamente nulo y era difícil tomar en serio la mención del vigor de la lucha de clases en ese etapa del primer peronismo.

Bermann parecía asumir por su cuenta el “espíritu de partido” en la nueva etapa y encabezaba una cruzada que encajaba bien con la reorientación dogmática del zhdanovismo nacional que se imponía en el terreno estético. Pero, al mismo tiempo, se mostraba como un cronista actualizado en la escena mundial y un intelectual de izquierda *à la page*. Lo cierto es que replicaba condiciones del campo *psi* que se daban en Francia pero no en la Argentina. Y no sólo realizaba una trasposición algo forzada, que no tenía nada que decir sobre la situación local y que casi no tenía destinatarios. Con su intervención se anticipaba

a proyectar una ortodoxia en un espacio psiquiátrico de izquierda que todavía estaba en formación Esa tarea va ser continuada y reforzada en la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, desde 1951.

En agosto de 1950 se publicaba el primer número de *Cuadernos de cultura*, la más ambiciosa y perdurable de las publicaciones ideológico-culturales del PCA. Allí se consolidaba el giro a una ortodoxia de partido, estrecha y cerrada al debate; ya no había lugar para las relaciones más plurales con el arte, la ciencia y la cultura. Por si hubiera alguna duda, el primer material publicado (en una publicación mimeografiada, pobre, de pésima calidad gráfica, que reproduce casi totalmente artículos extranjeros) es el pesado “Informe sobre problemas de la música soviética” firmado por el comisario político Andrei Zhdanov, dedicado a defenestrar la ópera “La gran amistad” del georgiano Vanó Muradeli, punta de lanza de las nuevas directivas soviéticas que implantaban el realismo como un código ideológico y estético. De algún modo, Bermann contribuía a incorporar al psicoanálisis como otro blanco de la batalla contra el formalismo y el subjetivismo. En esa línea puede entenderse la decisión que lo lleva a insistir con el tema e incluir todo el dossier en el primer número de la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, en 1951. No sólo daba cuenta de la importancia que le asignaba a la cuestión, sino que en la nueva publicación psiquiátrica y en el círculo que la sostenía, buscaba construir bases teóricas más sólidas para situar ese combate en el marco del dogmatismo ahora implantado en el terreno de las ciencias: lisenkismo y pavlovismo.

**NOTA: Ciclo de Invitaciones "Otras Voces".**

**Dirección:** *Miriam Fratini, Gabriel Levy y María del Rosario Ramírez.*

**Establecimiento del texto:** *Hugo Vezzetti*

Este texto es una reconstrucción de la conferencia por parte de su autor, ya que por problemas técnicos la misma no pudo grabarse. Por este motivo faltan las intervenciones y comentarios posteriores a la presentación.

Agradecemos a Hugo Vezzetti la amabilidad de reconstruir sus notas ante nuestro pedido.

**Cuidado de la presente edición:** *Raquel De Maestri*

**Asesoramiento:** *Miriam Fratini y María del Rosario Ramírez.*

**Coordinación general:** *Miriam Fratini.*

FREUDIANA